Kalakorikos, 13. 2008, pp.: 175-184

PRUDENCIO, EL POETA CELEBRADOR DE LOS MÁRTIRES SAN EMETERIO Y SAN CELEDONIO

por

Alfonso Ortega Carmona*

Resumen

En este artículo se recoge íntegra la conferencia que tuvo lugar el 29 de febrero de 2008, con motivo del décimo aniversario de la construcción del monumento a Aurelio Prudencio.

Résumé

Dans cet article on reprend intégrale la conférence qu'elle a eue lieu le 29 février 2008, à propos du dixième anniversaire de la construction du monument à Aurelio Prudencio.

Siete ciudades, en el antiguo mundo del Mediterráneo se disputaron la cuna de Homero, del más antiguo poeta griego y de toda nuestra cultura occidental, nacido en el siglo VIII antes de la era cristiana: *Esmirna, Rodas, Colofón, Salamina, Ios, Argos y Atenas*. Como si fuese éste, en muchos casos, el destino de grandes personalidades de la antigüedad, también fueron tres ciudades las que se han disputado la cuna natal de Prudencio: *Tarragona, Zaragoza y Calahorra.*

Curiosamente en el XVI Centenario del nacimiento de Prudencio, ocurrido éste en diciembre del año 348 después de Cristo, sólo esta ciudad de Calahorra celebró solemnemente este acontecimiento el cinco de diciembre de 1948. La razón es clarísima: sólo una verdadera madre no puede olvidar jamás a su hijo verdadero. Otras ciudades no pueden compartir esta gloria auténtica, ni cabe dividir a un hijo, con otra disputa y juicio al estilo de aquél de Salomón, que propuso partir a un niño en dos mitades para repartirlas entre dos madres que se lo disputaban, porque este hijo de Calahorra no es divisible. Precisamente en el Himno a los Mártires de Zaragoza – Himno IV del libro *Peristéphanon*, Canción sobre Coronas,- afirma Prudencio que, cuando Dios baje a juzgar a los hombres, la ciudad maña presentará

* Catedrático Emérito.

ante el Trono de Dios las reliquias de 18 mártires, pero *Nuestra Calahorra presentará a los dos que veneramos (Emeterio y Celedonio)* (4,30-31).

Con razón colocó Prudencio en el primer lugar de los Catorce Himnos de esta obra, dedicada a los Mártires, el Himno a los dos calagurritanos: **Emeterio y Celedonio**. Y para que no haya duda de ser el poeta hijo de esta ciudad, a estos dos ciudadanos de Calahorra, al menos por su martirio, también dedicó intencionadamente el Himno VIII, que abre la segunda parte del Peristéphanon. Y aunque estos dos soldados hubieran nacido en alguna otra ciudad, quizás en León, como algunos pretenden, fue aquí, en Calahorra, donde ellos nacieron para la gloria de Dios, como desde el principio del Cristianismo se consideró a otros mártires en casos imilares.

Sabemos que el poeta Prudencio falleció a los 57 años, precisamente a principios del año 408, antes de que los Godos se apoderasen de Roma el año 410. Nos encontramos, por tanto, exactamente a mil seiscientos años de la muerte del poeta. Afortunadamente no tuvo que ver Prudencio el lamentable suceso de la caída de Roma. Y como si barruntara ya su propia muerte aquél año 408, con este tristísimo acontecimiento, escribió en el Prefacio o Introducción a toda su obra literaria publicada el año 405:

Y mientras escribo o canto estos poemas,
¡ Oh, ojalá volar pudiera, libre de los lazos
De mi cuerpo, hacia aquella región adonde ágil
Se alzó mi lengua con sus últimos acentos (v43-45).

Tarde acudieron Tarragona y Zaragoza a disputarse la cuna de Prudencio, como quedó aclarado definitivamente en la Introducción del insigne Profesor, Isidoro Rodríguez, colega mío en Salamanca, a todas las obras de Prudencio en la traducción que yo mismo hice para la Editorial BAC el año 1981.

Buscando armonía en la disputa, algunos han querido hacer a Prudencio hijo de un ciudadano de Zaragoza y de una ciudadana de Calahorra. No estaría mal, en último término, esta coincidencia, porque no cabe duda alguna de que lo verdaderamente seguro es siempre la madre, en nuestro caso una mujer calagurritana, de Calahorra.

Después de una brillante carrera, al servicio del Imperio Romano, probablemente como Prefecto o Gobernador de una Provincia, bajo el Emperador Teodosio, o muy cerca de él como asesor suyo ante el trono, al poeta le acucia e intranquiliza el pensamiento de su vida pasada, medida en la escala de valores por el bien recién

descubierto, es decir, la recuperación de su consciencia cristiana, y se dice hablando consigo mismo:

Al fin postrero de mi vida
despójese de su necedad el alma mía
pecadora;a Dios alabe con su voz al menos,
si ya no puede con obras meritorias.
Los días pase en himnos de continuo,
y no haya noche alguna sin que al Señor celebre;
luche contra las herejías, la fe católica descubra.

Templos y cultos de los paganos menosprecie;
ruina, Roma, a tus ídolos lleve, canciones
a los mártires consagre, loanzas diga a los apóstoles.
(Prefacio 37-42).

Aquí, por vez primera, en un poeta cristiano, aparece la poesía como una forma de vida, como una liturgia y medio de purgar lo que no se hizo rectamente. Ningún poeta cristiano, antes de Prudencio, le ha concedido tanto rango y dignidad a la Poesía y a su destino natural de ser poeta.

Ciertamente la poesía cristiana es tan antigua como el Cristianismo mismo, si recordamos ya la preciosa pieza literaria con la que María dio vida a las emociones profundas de su alma en el Cántico conocido como MaGNÍFICAT, *"Mi alma engrandece al Señor".* Muy pronto junto a la recitación o canto de los Salmos de David, populares entre los primeros creyentes, aparecieron los Himnos propios de la fe cristiana. También en los centros heréticos florecieron estos himnos. Por su parte en las Iglesias de la tradición apostólica católica se cultivó la poesía cantada para no carecer de un precioso instrumento de la alabanza en la liturgia y oración común.

A esta poesía lírica, pronto aparecida, se unen también creaciones literarias de carácter épico y hasta en forma de dramas que debemos al obispo Gregorio Nacianceno en el siglo IV dentro de la lengua griega. Pero en lugar del tono entusiasta de los himnos griegos de la literatura no cristiana, el primer poeta latino cristiano, digno de mención, es el español Papa San Dámaso (305-384), con sus versos o breves epigramas a los sepulcros de santos y de mártires, a quien sigue Hilario de Poitiers (315-367) iniciador y padre de la Himnología cristiana, que recrea brillantemente San Ambrosio (334-397), con Himnos sencillos, compuestos para

que los fieles los canten en las iglesias. Muy cerca de ellos están Paulino de Nola, (353-431, nacido en Burdeos; el español Juvenco (hacia el 330) que también en el siglo IV compone la Historia del Evangelio en 3211 versos hexámetros con entera fidelidad al texto sagrado; el italiano Sedulio (425-450) con su epopeya *Carmen Paschale; y* Nono de Panópolis, poeta griego cristiano en el siglo V con su paráfrasis del Evangelio de San Juan también en versos hexámetros.

Sobre todos ellos brilló el calagurritano Prudencio quien, con todos los géneros de poesía, prescindiendo de los dramas, eleva a su mayor cumbre y perfección los grandes temas del Cristianismo, sin que nadie le haya superado, en la tradición latina, convirtiéndose en el poeta cristiano por excelencia más leído desde el siglo IV y durante toda la Edad Media hasta el siglo XVI, en todas las escuelas, prolongándose su lectura en Universidades e impresiones tipográficas hasta nuestros días.

Hace diez años, un 28 de febrero, gracias a la fecunda iniciativa de la *Asociación Amigos de la Historia de Calahorra*, a la que dio feliz acogida la sociedad de Calahorra, empresarios, asociaciones de todo género, multitud de aportaciones de numerosas ciudadanas y ciudadanos, y la respectiva del Excmo. Ayuntamiento, quedó inaugurado, con la presencia del Sr. Consejero de Cultura, D. Luís Alegre, y del Sr. Alcalde, D. Francisco Javier Pagola Sáenz, el Monumento al gran poeta latino de esta ciudad: AURELIO PRUDENCIO CLEMENTE.

La rehabilitación de este monumento, hasta ahora no protegido por el respeto debido, en el que han dejado inevitables huellas el tiempo y el mal trato de ciertas personas con su tendencia a no respetar el bien público, tendencia muy española, oportuno nos parece recordar hoy a quienes, gracias al poeta, viven en la memoria y en la veneración debida. Y deseamos hacerlo rememorando, con su Fiesta, a los Mártires Emeterio y Celedonio, a quienes Prudencio dedicó, como hemos indicado antes, el primero y el octavo Himno de su Peristéphanon, la primera y la octava corona de versos de esta obra magnífica, lugares muy importantes en la ordenación de los poemas de este libro, algo que el poeta de Calahorra no volverá a hacer en ningún otro caso de su creación literaria.

Está generalmente admitido que el *Libro de las Coronas*", consagrado a los Mártires, es no sólo el más conocido, sino el de mayor fuerza poética de toda su obra. Contiene catorce Himnos, en los que se recuerdan y celebran los sufrimientos o martirios de varias mujeres y varones, entonces conocidas o desconocidos, a no ser por esta obra de Prudencio. Y parece que estos Himnos fueron compuestos para recordarlos solemnemente en determinados días del año, como él mismo escribió en el primero de los Himnos:

¡Es éste día de fiesta para nosotros, sea un regocijo sagrado! (1, 120), refiriéndose a la festividad de Emeterio y Celedonio.

A este primer himno siguieron los dedicados a 24 mártires españoles y 8 nacidos en otros lugares: Lorenzo de Huesca, Eulalia de Mérida, los Dieciocho Mártires de Zaragoza: Optato, Luperco, Marcial, Urbano, Quintiliano, Publio, Frontón, Félix, Ceciliano, Evencio, Primitivo, Apodemo, los cuatro Saturninos, Gayo, Cremencio y Engracia.

El quinto a Vicente de Valencia; el sexto al obispo Fructuoso y a sus Díaconos Augurio y Eulogio; el séptimo a Quirino, obispo de Siscia (hoy Sissek, en Croacia.

El octavo, para iniciar la segunda parte del libro, de nuevo a los dos mártires de Calahorra; noveno a San Casiano de Foro Cornelio, hoy Ímola, Italia, un maestro de escuela a quien sus alumnos martirizaron y mataron haciéndole letras con punzones en su carnes; décimo a San Román de Antioquia (1140 versos): undécimo a San Hipólito de Campo Verano en Italia; el duodécimo a San Pedro y San Pablo; el décimo tercero a San Cipriano, obispo de Cartago, y el último a Santa Inés, una tierna niña, martirizada en Roma.

Laméntase Prudencio de que la furia y odio contra el Cristianismo destruyera los Libros o Actas que contenían la forma de muerte heroica de los Mártires, como dice en el Himno a Emeterio y Celedonio:

¡Ay, viejo olvido de los tiempos pasados que no hablan!
Todos estos detalles se nos niega y la misma fama se nos pierde,
Para que siglos venideros, en estos libros fieles aprendieran,
Pues el blasfemo funcionario nos quitó las Actas del martirio y
No esparcieran con sus dulces lenguas en los oídos de los hombre
El desarrollo, la fecha y el modo divulgado del tormento.

Por el poeta sabemos que estos mártires eran hermanos y sirvieron en el ejército romano en Calagurris. Pero obligados a hacer un sacrificio a los dioses, abandonaron la legión romana, para sufrir martirio, cambiando la bandera imperial por la Cruz de Cristo. Este hecho, añadido a la quema de las Actas en las que se documentaba el martirio, indica que nos encontramos en la más sanguinaria persecución declarada por el emperador Diocleciano el año 303, hace 1705 años.

El escritor Lactancio (Lucio Celio Firmiano), nacido en Africa del Norte el 260, convertido al Cristianismo poco antes de comenzar la persecución, nos ha

relatado en su obra "*De mortibus persecutorum" (Cómo murieron los perseguidores"* (316-321), el terror desencadenado por el emperador contra los cristianos. Cerca del palacio imperial había una basílica cristiana, y desde palacio podía contemplarse la afluencia de los fieles a los actos del culto cristiano. En su afán por restituir el culto pagano a los dioses romanos, ordenó derrumbar la basílica, y quemar los libros sagrados. Soldados del emperador saquearon, robaron, y entraron a saco. Inmediatamente después los guardias pretorianos de Palacio, en formación de asalto, con hachas y armamento de derrumbre, dejaron la basílica reducida a nivel del suelo. Y a los soldados cristianos se les amenazó con perder su puesto en el ejército, su graduación militar y su propia libertad. Desde los balcones de palacio, Diocleciano, vestido de oro y seda, coronada su cabeza con una diadema ensartada de perlas y con perlas adornados sus imperiales zapatos, contempló satisfecho la destrucción terrible, como preludio material a la inmediata persecución de los cristianos.

Por desgracia para él, además de las razones históricas, vio Diocleciano que el mundo romano estaba ya fuertemente influenciado por el Cristianismo, frente a la restauración del culto a los dioses, que él quería reavivar con una vehemencia aplastante. Por cierto durante una ceremonia, que él mismo presidía, no dio buen resultado el sacrificio que hacía. Este maleficio lo atribuyó a los cristianos. Entonces ordenó hacer sacrificios a los dioses en todo el imperio, empezando por los servidores de palacio, bajo pena de muerte, siguiendo por todos los cuarteles y legiones. La orden apareció en un decreto imperial el 23 de febrero del año 303. Su gran sorpresa fue descubrir, al fin, que su misma esposa Prisca y su hija Valeria eran también ocultamente cristianas, asesinadas sin mandato suyo, para su extremo dolor y sufrimiento, por un fanático ejecutor de su general mandato. La sorpresa aumentó al conocer que su oficial Ayuda de Cámara, por nombre Pedro, era cristiano, muerto entre grandes tormentos; cristianos los dos altos funcionario del Imperio, Doroteo y Gorgonio; cristianas santa Lucía de Siracusa y Santa Catalina de Alejandría; cristiana Santa Bárbara de Nicomedía, vecina de la residencia de Diocleciano; cristiano San Sebastián, igual que los legionarios Emeterio y Celedonio, entre otras muchas personas públicas.

Al final de su vida, retirado al palacio que se hizo construir en Salona, en la costa de Dalmacia, de la actual Yugoslavia, vio Diocleciano cómo se derrumba su obra imperial frente al ataque de los bárbaros del norte. Su espíritu ensombreció, se eclipsaba. Corría por los espaciosos aposentos de su gran palacio y pronunciaba nombres que nadie entendía. No podía comprender por qué se desmoronaba el gigantesco edificio de su Imperio, que él creía eterno. Y murió enteramente solo. El Emperador, que quiso salvar al mundo romano y a sus dioses, que quiso tener su

sepulcro bajo la protección de esos dioses, fue raptado de su sepulcro y desapareció sin saberse cómo ocurrió esta desventura. Y para colmo e ironía de la Historia, su Gran Palacio se convirtó en una Iglesia cristiana, la actual Catedral de Splitt en Yugoslavia.

Fue la obra literaria del *Peristéphanon*, al recordarse en ella especialmente a mártires españoles, un gran argumento para afirmar la hispanidad de Prudencio, ya que estos mártires no habían adquirido todavía, en vida del poeta, un reconocimiento universal en la Iglesia romana, y precisamente, gracias al poeta latino hispano, de Calahorra, llegaron a conocimiento, prestigio y veneración universal, asegurados en estos versos.

Son estos mártires, entre ellos, los que también se recuerdan hasta en el Himno IV a los Martires de Zaragoza (v.31-22), como antes hemos indicado. Es seguro, ya que no sería fácil demostrar lo contrario, que se trata de dos legionarios estacionados en Calagurris, aunque no hubieran nacido en esta ciudad, si bien tampoco pueda afirmarse que no haya sido en ella; y no debe olvidarse que en muchos casos del Cristianismo primero se considera a los Mártires como auténticos ciudadanos de aquella ciudad donde, por el martirio, nacieron para el honor del cielo.

La colocación de Emeterio y Celedonio en el primer lugar de los himnos de Prudencio es también excelente argumento para asegurar que nacieron en Calagurris, cosa nada extraña, puesto que muchos legionarios podían ser estacionados en el propio pueblo natal, ahorrando costos de manutención y residencia. Además, este nacimiento de la gloriosa presencia ante Dios, por el martirio, fue considerada como el día de un nuevo nacimiento en esa misma ciudad.

La alusión a la destrucción de los libros o Actas del Martirio dan a entender que se trata del principio de la persecución del emperador Diocleciano, como se ha indicado antes, contra el Cristianismo, reaparecida con especial crueldad ese año 303, con una ordenanza militar a todos los soldados del Imperio de hacer una ofrenda o sacrificio a los dioses romanos, y, con otra, la especial ordenanza de destruir los libros cristianos.

Si analizamos la estructura de estos Himnos, podemos observar siempre tres partes, que constituyen, como en todos los otros himnos, su organización y disposición internas: 1º la firme e inquebrantable fidelidad de estas mujeres y hombres a la fe cristiana; 2º: la muerte entre tormentos; 3º: un milagro que atestigua la acogida del mártir en la gloria de Dios.

Elogia y alaba Prudencio a España, que se honra en llamar y tener como suyas las reliquias de estos Mártires, (pues no en vano escribió *Hispanos Deus aspicit benignus)*, en el Himno 6,4 del Peristéphanon a los mártires de Tarragona Fruc-

tuoso, Augurio y Eulogio) - *Dios mira con bondad a los hispanos* -, y describe las peregrinaciones de los habitantes de España y del extranjero a sus sepulcros, para venerarlos y, con el consuelo en sus corazones, regresar a sus respectivos hogares. Porque sus oraciones y ruegos serán trasladados por estos mártires al Rey eterno, que nada negará a sus santos testigos. Por esta razón alaba el poeta la fe de estos "mártires", de estos "testigos", que esto precisamente significa la palabra griega *martys, mártires,* palabra tomada del lenguaje jurídico*;* a los que nada espantaron las cadenas, los suplicios ni la muerte, alzándose así a la dignidad y honor del martirio, triunfando sobre la muerte, abriendo por medio de milagros las puertas del cielo, y haciendo descender los bienes suplicados por quienes los veneran.

Describe Prudencio cómo los dos mártires dejan las banderas del César y se apartan de la actividad militar, de aquella bandera, llamado *Lábaro, Estandarte Imperial*, en cuyo centro iba bordado un Dragón, símbolo de aquella legión romana, con asiento en Calahorra, para elegir ellos el camino de la Cruz. A esta reacción el comandante de la legión les exige hacer un sacrificio ante un altar de los dioses, como ordenaba Diocleciano, amenazándoles, en caso contrario, con la muerte acompañada de los mayores tormentos. Sin miedo, impertérritos, permanecen ellos firmes en su fe, a lo cual siguen azotes, la flagelación con los cuarenta golpes legales, con látigos guarnecidos, armados con clavos o puntas de hierro, siguiendo a tales golpes el encarcelamiento, con la pretensión de hacerles desistir de sus creencias. Los dos hermanos, con firme voluntad, por más que ya ha comenzado el camino hacia el martirio, dicen en medio del gran sufrimiento:

> *¿Acaso renacidos en Cristo hemos de ceder a los halagos,*
> *y llevando la imagen de Dios serviremos a todo lo profano?*
> *¡Lejos de nosotros que la luz del cielo se mezcle a las tinieblas!*

A esta valiente proclamación de fe acuden tormentos nuevos, y son de inmediato enviados a prisión militar, hasta crecerles los cabellos – escribe Prudencio para significar la larga duración del encarcelamiento, - con la repetición de tormentos físicos y flagelaciones. Ocurre entonces una intervención divina: *Un anillo brillante aparece en la mano de uno de los dos, y un sudario destinado para el otro –una especie de velo que cubre su cabeza,* según la costumbre de orar judía, - el llamado *Orarium-,* y que sorprendentemente asciende de repente hacia el cielo para asombro de los carceleros militares, y hasta el verdugo mismo que, espantado, les corta la cabeza, palidece lleno de susto y espanto.

El poeta, emocionado, como si los tuviera presentes, se dirige al entonces pueblo de los "vascones", a los habitantes de Calagurris, y les pregunta si acaso no creen, ante estos hechos prodigiosos, que las almas de los mártires han subido hacia Dios. Prudencio atribuye a demonios la furiosa rabia que entonces asesinó a estos santos, igual que lobos contra indefensos corderos; a demonios poseídos de la pasión de la crueldad, llenos de locura porque ellos mismos son prisioneros de otras cadenas invisibles.

Pero la interior energía de los mártires vence, dice el poeta, al demonio, que habitar puede a veces en los hombres, sin que pueda llevarse a propia casa el botín, la presa que él espera conseguir en vano. Tiene que dejarla, afirma el poeta de Calahorra, y volverse al abismo del infierno, mientras la bendición y la salud para los enfermos brota de la tumba y veneración de los Mártires San Emeterio y San Celedonio, que Cristo mismo, por intercesión de ellos, concede a la ciudad y habitantes de Calahorra, y a los peregrinos que llegan a estas tierras, bañadas alrededor por las corrientes del Ebro. Y así agraciados, o al menos consolados, puedan todos, calagurritanos y forasteros, seguir celebrando el día y el recuerdo de sus dos protectores y patronos, San Emeterio y San Celedonio.

Terminemos recordando versos del poeta en el Primer Himno a ellos dedicado, en una de las traducciones rítmicas que estoy elaborando:

Hay escritos en el cielo
de dos mártires los nombres,
que grabó en letras de oro
rociadas con su sangre,
Cristo mismo, cual tesoro.

En el mundo entero, ésta
tierra ibérica dichosa,
digna de guardar – lo quiso
el mismo Dios – sus reliquias,
es su hospedería famosa.

Rociada con la sangre
de aquel su martirio doble,
la corriente de sus venas
bebió este suelo, y visitan

peregrinos de otras tierras,
con súplicas, votos y dones.

De lejanas tierras llegan
habitantes extranjeros
tras la fama de los mártires,
pues hoy abogados del mundo
las súplicas acogieron.

Nadie diciendo plegarias,
con lágrimas enjugadas,
en vano pidió una gracia
sin conseguir eficacia.

Tan gran atención dedican
a nuestros muchos peligros,
que no se pierden palabras
llegadas a sus sentidos,
que al punto las llevan ellos
del buen Dios a los oídos.

¡Cantad himnos, madres,
por los hijos recobrados
de enfermedades! ¡Resuene
la voz de esposas, alegres
por sus maridos sanados!
¡ Y este gran día de Fiesta
sea por todos celebrado!